

# Una afinidad precaria: influencias intelectuales y perspectivas diversas en los orígenes de la derecha argentina de principios del siglo XX.

Olga Echeverría

Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro  
de la Provincia de Buenos Aires - CONICET. Argentina  
[olgaecheverria23@gmail.com](mailto:olgaecheverria23@gmail.com)

## Resumen

Hacia 1920, en la Argentina, algunos intelectuales comenzaron a delinear una tendencia política e ideológica que en este trabajo se define como derecha autoritaria. La misma nunca alcanzó a constituirse como un movimiento articulado y aun menos como una alternativa real de poder. Esta incapacidad de organización ha sido una pregunta largamente formulada y a la que se vuelve en estas páginas haciendo hincapié en la diversidad de perspectivas e influencias que los principales referentes y grupos portaban.

**Palabras claves:** intelectuales - democracia - autoritarismo - ideas

*A weak affinity: intellectual influences in the rising of the argentine right at the beginnings of XX century.*

## Summary

In Argentina at 1920, many intellectual began to conform a political and ideological tendency that is definite as authoritarian right by this study. It was never an articulated movement nevertheless a power alternative. This impossibility of organization has become an never ending ask which is revisited by this work, pointing on different perspectives or influences that the intellectual groups had.

**Key words:** intellectuals - democracy – authoritarianism - ideas.



## Introducción

Hacia mediados de los años veinte en la Argentina comenzó a tener presencia una tendencia ideológica que acercándose a los años treinta fue ganando en radicalización y aspiraciones políticas. Se trataba de una corriente heterogénea que muchos han dado en llamar nacionalista (Buchrucker, 1987; Devoto-Barbero, 1983; Navarro Gerassi, 1969; Cárdenas y Payá, 1978; Zuleta Álvarez, 1975; Devoto, 2002; Mutsuki, 2004; Lvovich, 2006, etc.), y que en este trabajo, como también lo han hecho otros autores (Mc Gee Deutsch, 2005; Dolkhart, 2001; etc.), se conceptualiza como la derecha autoritaria argentina, en tanto se considera que el término nacionalista, además de haber sido usado auto referencialmente por los propios hombres que conformaban la corriente, implica un sentido inasible que fue usado, la mayoría de las veces, para ocultar más que para acreditar los verdaderos intereses y objetivos (Echeverría, 2009). Por ello, y desde mi perspectiva, el “nacionalismo” de los “nacionalistas” argentinos de los años veinte<sup>1</sup> expresaba un gesto, a la vez, de identificación y ofensiva que decía representar el interés de la nación, siendo ésta una realidad abarcadora que se construía por encima de los sujetos y los grupos sociales. Discursivamente se encumbraba por sobre los intereses concretos de los diferentes sectores, aunque en la práctica, siempre según mi punto de vista, encarnaba (no sin ambigüedades y tensiones) los objetivos de algunas fracciones de las elite políticas, económicas, sociales y del saber. Por lo tanto, defensiva y al mismo tiempo ofensivamente, se erigía y presentaba como la conciencia colectiva de toda la nación, a la que le atribuyeron sus propios intereses y en cuyo nombre buscaban transformar la estructura estatal y social vigente. Es en este sentido que postulo el carácter limitado o restringido del componente nacionalista en la tendencia autoritaria de los años veinte, entendiéndolo como un artilugio discursivo de índole instrumental que buscaba apelar y disciplinar al conjunto social en defensa de propósitos sectoriales no siempre explicitados (Echeverría, 2010).

El propósito de estas páginas es reflexionar sobre la diversidad de influencias intelectuales y doctrinarias que, evidencian las búsquedas y necesidades desde las que partieron los fundadores de la derecha autoritaria argentina, pero que también fueron dando el carácter y definiendo las tensiones de esta tendencia nacida a principios del siglo XX, ya que en ella confluyeron figuras y perspectivas claramente divergentes, por ejemplo el modernista y anticlerical Leopoldo Lugones, sectores que se indicaban reaccionarios y que presentan en su corpus ideológico una fuerte presencia de elementos hispano-católicos e integristas tanto como otros sectores elitistas, jerárquicos y pragmáticos que no dudaban en apelar a diferentes espacios y concepciones con

---

<sup>1</sup> El carácter más “genuinamente” nacionalista podrá encontrarse en algunos de estos intelectuales autoritarios hacia mediados de los años treinta cuando, tras su notorio fracaso político, comiencen a elaborar proyectos en búsqueda de un posicionamiento político y denuncien la situación de “colonialismo” de la economía y la dirigencia argentina.

el fin de restablecer el orden que consideraban se estaba trastocando.

Vale aclarar que entiendo que los influjos intelectuales no pueden ser considerados como una imposición ajena a la experiencia de los individuos, sino que precisamente los sujetos llegan a ellos, los toman y los resignifican a partir de las propias urgencias y preguntas.

### **La crisis liberal-burguesa y las primeras manifestaciones de la derecha autoritaria argentina**

Las dudas e incertidumbres sobre el modelo liberal venían manifestándose desde un tiempo atrás y abarcaban un amplio arco de fenómenos: económicos, sociales, políticos y culturales que dieron por resultado, entre otras cuestiones, el surgimiento de movimientos culturales disconformes y de perspectivas políticas pesimistas. Muchos artistas y escritores manifestaron abiertamente su repudio a la vulgaridad de la burguesía, que constituían la élite dirigente del mundo liberal y conformaron -con límites poco definidos- una corriente de pensamiento que se centraba en la crítica a la confusión espiritual en que, según entendían, se estaba sumergiendo el mundo burgués y habían ganado un auditorio movilizado por las mismas experiencias y sentidos. Esa desconfianza y ese desaliento, estaban fundados en razones políticas, sociales y culturales y no fueron pocos los letrados y políticos de Europa y de América que canalizaron todo ese descontento en un rechazo profundo hacia la democracia. En los ámbitos intelectuales y artísticos se fusionaban el idealismo con un ánimo rebelde y provocador que le otorgaba a la política una dimensión moral que debía encaminarse a una renovación que se expresaba más por los rechazos manifiestos que por las propuestas. En los espacios más estrictamente dominantes, confluían perplejidades y angustias ante la movilización de los sectores subalternos e idearios contrarios a la estructuración del sistema vigente. Por ello, algunas facetas del liberalismo comenzaron a ser consideradas débiles o inefficientes para hacer frente y poner los límites necesarios a los efectos no deseados del progreso económico.

La primera guerra mundial y su inmediata postguerra fueron la demostración más contundente de la inestabilidad del modelo liberal-burgués, llegando a ser, para muchos, el símbolo indiscutible de que el mundo optimista que el liberalismo había diseñado se derrumbaba irremediablemente.

En ese contexto de escepticismo generalizado, Argentina vivió sus propios cambios, derivados, en buena medida, de la inserción al sistema capitalista internacional. La masiva inmigración, la visibilidad pública y política de nuevos sectores sociales y la llamada “cuestión social” resultante de las profundas transformaciones (Suriano, 2000), llevaron a que las élites se cerraran sobre sí mismas y expresaran perturbaciones y temores que hasta entonces les habían sido ajenos. Y como sucedía en Europa, de esa incomodidad participaron tanto la gente “decente”, los sectores dominantes, como los letrados que cuestionaban

el rumbo estético que estaba tomando la sociedad, que los hacía temer por la pérdida de los privilegios, reales y simbólicos, que le otorgaba la disposición del saber. Pero, sin duda, el resultado de las primeras elecciones presidenciales realizadas bajo la ley electoral de 1912 fue un elemento central para que los liberales argentinos, fuertes en el plano discursivo pero débiles desde el punto de vista de las prácticas institucionales (Myers, 1999: 43-48), se sintieran amenazados y profundizara sus rasgos de por sí conservadores. De tal modo, la presidencia de Yrigoyen, la entrada de los sectores medios a los aparatos del Estado y a las aulas universitarias y la incipiente constitución de un proletariado que se expresaba a través de idearios de izquierda, fue un cimbronazo que los representantes del liberal conservadurismo argentino acusaron rápidamente y que los llevó a buscar los medios y las formas para reencausar la dinámica política y restablecer el orden. Por ello, las huelgas de 1919 produjeron un alto impacto en las clases acomodadas de la Argentina que, inmediatamente, las vincularon con el proceso bolchevique, acrecentando los temores sobre su propio futuro. La represión conjunta de las fuerzas de seguridad del Estado y grupos civiles armados, habían abierto el camino a las corrientes autoritarias de derecha, legitimando, por ejemplo, el nacimiento de la Liga Patriótica Argentina (Mc Gee Deutch, 1986) bajo la dirección de Manuel Carlés y la radicalización de los discursos políticos contrarios al yrigoyenismo, al cual se acusaba de inacción o incluso de promover los disturbios sociales en su afán de resentida revancha. Un ejemplo concreto de esta perspectiva que empezaba a tomar forma fue el diario **La Fronda** (Tato, 2004), que bajo la dirección de Francisco Urriburu, realizaba duras críticas al gobierno radical y a sus seguidores, a la par que avanzaba en sus definiciones ideológicas de neto corte conservador-autoritario.

En ese clima, un grupo no muy numeroso de intelectuales, de desigual trayectoria y reconocimiento, motivados por inseguridades políticas, públicas pero también personales, comenzaron a re pensar el orden y su propio lugar en él. Radicalizando paulatinamente sus perspectivas, buscaron constituirse en los mentores de una nueva estructuración que restaurara las jerarquías y la disciplina social que habían sido devastadas por la democracia del voto directo y la irrupción de los sectores populares en la vida pública. En todos los casos, se reclamaba un espacio de reconocimiento específico y sobresaliente para los hombres del saber.

### **Influencias intelectuales heterogéneas para una corriente política también heterogénea**

Esa derecha autoritaria que comenzaba a surgir era un conglomerado heterogéneo y muy complejo de grupos y personalidades que, de una u otra manera, se vinculaban con un pasado y con un presente de privilegio. Dada la

impronta intelectual, el pensamiento fue considerado un modo de acción superior y ello le dio carácter a la tendencia naciente. Todos sentían que la masificación de la sociedad, la democracia parlamentaria y la entrada de nuevos sectores sociales a las universidades y a las burocracias estatales ponían en peligro los espacios que, como era tradicional, les estaba dado a ellos ocupar. De tal modo, se trataba de una avanzada política muy marcada por las propias inseguridades, ya sean de clase o personales.

Todos sentían una profunda desazón por el rumbo que estaban tomando las cosas y ponían todas sus energías, y también sus esperanzas, en el derrocamiento del gobierno democrático. Pero, lo cierto es que las coincidencias entre los distintos grupos y personas, más allá de la voluntad antidemocrática, eran más bien escasas. Individualistas extremos y orgullosos de sus propias capacidades y talentos no estaban dispuestos a renunciar humildemente a sus objetivos y a sus aspiraciones de poder personal en pos de un proyecto colectivo. Sin embargo, la figura del General José Uriburu pudo acaudillarlos y por un tiempo trabajaron en relativa confluencia (aunque sin perder sus respectivas autonomías) en pos de derrocar a Yrigoyen. Las diferencias comenzaron a hacerse más notables desde el mismo momento en que se produjo el golpe de Estado y terminaron por ser indisimulables una vez finalizado el período uriburista. Pero no sólo se trataba de aspiraciones egoístas, sino que las diferencias eran más vastas y producto de convicciones, influencias y doctrinas, muchas veces, disímiles.

Las desemejanzas eran tantas que podría discutirse fuertemente si pueden ser considerados parte de una misma tendencia o si sólo estaban unidos ante una coyuntura que los llenaba de angustias y temores. Fue la definición esquemática de un enemigo, un otro opuesto, lo que los ayudó a construir una identidad que, aunque precaria e inestable los acercaba y les permitía considerarse parte de un colectivo –impreciso e indefinido- pero auto designado portador de la **verdad**. Los unía la certeza de compartir una cosmovisión sobre el presente y el futuro del país y de ellos como actores destacados. El vínculo surgía de una afinidad ideológica y sentimental, de una estructura del sentir (Williams, 1980), que con relaciones internas específicas, entrelazadas y a la vez en tensión, les permitía pensarse como parte de una experiencia social que todavía se hallaba en proceso. Esa articulación primordial la obtenían englobando sus intereses (en el sentido más amplio del término) bajo los abstractos e imprecisos conceptos de nación – nacionalismo, orden y jerarquía (aunque no significaba lo mismo para todos) que abarcaban idearios complejos con los que pretendían organizar la política y la sociedad.

El poner a la nación por encima de otras definiciones ayudaba a configurar la identidad de esta tendencia estético-ideológica, política y cultural en tanto fue un elemento válido para alcanzar cierta unidad ante la heterogeneidad y frente voluntades tan férreamente individualistas. Sirvió como referencia aglutinante,

porque más allá de las diferencias ciertas y notorias les permitía pensarse como un nosotros, los nacionalistas, que implicaba referencias mutuas, contactos públicos y privados e incluso debates que, más allá de las perspectivas muchas veces opuestas y rivales, era legitimante de esa precaria identidad. El propio concepto nacionalismo generó discusiones intensas y ofuscadas, sin embargo claramente se trataba de controversias entre intelectuales que se consideraban hermanados por un parentesco ideológico que establecían combates para alcanzar posiciones dominantes e imponer sus enfoques. Esto, además, era posible porque compartían una experiencia, en tanto se hallaban involucrados en un mismo proceso de definición y creación de objetos de interés y pasión, con deseos similares y necesidades, también conllevadas, de defenderse de las angustias presentes (Gay, 1992).

Evidentemente esa experiencia compartida no era repentina ni azarosa. Procesos históricos que se venían desarrollando desde bastante tiempo atrás, realidades públicas, políticas y personales conformaron una base de descontento que interpretado a la luz de diversos productos intelectuales que analizaban críticamente la realidad presente hicieron posible que esa experiencia autoritaria fuera factible de constitución y tratara de articularse como propuesta política e ideológica.

Ya tempranamente algunos hombres de la élite habían elaborado miradas nostálgicas –que entrado el siglo XX ganarían fuerza y se constituirían en instrumento de movilización política– para cuestionar los resultados que el **progreso** había generado. En todos los casos se realizaba una reconstrucción idealizada del pasado que se oponía a un presente considerado caótico y desvalorizado. En los argumentos esgrimidos la cuestión de la identidad nacional pasaría a ocupar un papel cada vez más relevante, vinculada directamente con la necesidad de nacionalizar a las masas inmigratorias. Para casi todos, la nacionalidad era cuestión central para la constitución de una sociedad homogénea y gobernable. Se iniciaba así, el camino para la constitución de un nacionalismo cultural que tuvo una de sus primeras expresiones en el libro de Joaquín V. González, **La tradición Nacional** (1888). Estos argumentos fueron luego redimensionados por **el espíritu del centenario** hasta llevarlos al centro de la escena intelectual pero también de la política.

Evidentemente la toma de conciencia sobre la existencia de una cuestión nacional estuvo marcada por los efectos multiplicados del proceso inmigratorio, por lo cual se apeló a la educación pública como herramienta privilegiada de una necesaria pedagogía cívica. Se trataba de un proceso de consolidación de una matriz ideológica nacionalista que operó, en principio, en la fundación de instituciones educativas y planes de estudio, con leyes, mitos y valores para construir una argentina que se pretendía auténtica (Bertoni, 2001; Lionetti, 2007). Paulatinamente, aquellos idearios cobraron cuerpo doctrinario para llegar a la

acción política concreta. Pero, fue precisamente en ese camino hacia la política donde se hicieron evidentes las diferencias, ya que implicaba el encuentro de planteos críticos que apelaban a -y partían de- cuestiones culturales, políticas e ideológicas que eran muy heterogéneas.

Para aproximarse a esos múltiples idearios, en los apartados siguientes se expondrán las premisas e influencias subyacentes en los principales referentes y grupos de la derecha argentina de inicios del siglo XX.

### a) Leopoldo Lugones, el autoritarismo anticlerical

Formado en la vanguardia modernista, Lugones concibió desde el principio al arte como a una esfera autónoma y esencial de la vida social y como otros intelectuales modernistas asumió y proyectó a su oficio como una profesión donde debían estar presentes no sólo el talento, sino también el aprendizaje y la utilización de técnicas específicas que aseguraran una literatura digna y de alto nivel, ya que se consideraba en disposición de los medios más refinados de la expresión artística (Jitrik, 1960). Se trataba de una mirada poética abarcadora que prestaba mucha atención a lo sensorial, a lo intuitivo y a lo ambiguo que hacía hincapié en el repudio a un estilo de arte arraigado y considerado tradicional. Pero, lo suponía mucho más que una experiencia transformadora de las artes ya que pretendía que fuera también una expresión de rebeldía contra lo que consideraba como un materialismo asfixiante propio del mundo burgués. Por ello, puede decirse que buscaba ser la expresión de una voluntad estética transformadora que deseaba poner fin al estancamiento cultural, a la utilización de un lenguaje fácil y rutinario. Las palabras, o mejor dicho su forma de utilizarla, adquirieron la importancia de una herramienta de cambio cargada de significaciones que expresaba una inquietud estética, moral y política. Frente a un mundo débil y mediocre sólo podían expresar un cambio los **aristócratas del espíritu**, es decir los artistas (Williams, 1988). Por ello, el accionar de Lugones, como el de otros intelectuales vanguardistas, fue representado (especialmente por ellos mismos) como una cruzada ética, política y cultural. De tal modo, el modernismo le había aportado el impulso insurrecto y la conciencia de la superioridad de los intelectuales y artistas. Sin embargo, sería en la amalgama con otras fuentes e idearios donde empezaría a fundarse el programa autoritario lugoniano. Y en este sentido, la lectura segmentada de la obra de Nietzsche pareciera haberle proporcionado el ánimo beligerante y la necesidad de establecer una jerarquía que estableciera a los **hombres fuertes** como a los dueños indiscutidos del destino de la sociedad y los encargados de erradicar a todos los cobardes y mediocres que no permitían constituir una comunidad superior. En este contexto, la burguesía apareció inmediatamente como el obstáculo mayor para la construcción de un mundo de grandeza y el **hombre fuerte** fue paulatinamente asociado a la posesión de las armas y al superior

despliegue de heroísmo y valentía viril. La guerra aparecía como un acto de amor donde los hombres se hacen tales. De allí la temprana reivindicación de Lugones a los varones que habían construido la patria a fuerza de coraje, pasión y muerte. Conforme a esta concepción, y basado en una especie de “darwinismo cultural y social”, sostenía que sólo en los fuertes se hallaba el reaseguro de la especie.<sup>2</sup>

Desde esa perspectiva, dos obras de Friedrich Nietzsche aparecen particularmente reflejadas en los escritos y alocuciones de Lugones. Una de ellas es **La Genealogía de la Moral** (1887) y la otra es **El Anticristo** (1889) donde realizaba una crítica profunda a los valores vigentes y a la necesidad de reemplazarlos. Establecía además que en el pasado los hombres buenos no eran otros que los superiores, éstos tenían comportamientos e ideales que resaltaban el rango y no la utilidad. Para Nietzsche (Salomé, 1980; Nolte, 1995), existía en la antigüedad una moral buena, la de los aristócratas, los poderosos, los fuertes y violentos. A esa moral se le contraponía una mala moral que es la de los débiles, de la plebe.<sup>3</sup> Afirmación que bien podría ser del poeta Lugones quien también compartía con el filósofo alemán la inquietud de considerar que aquellos señores estaban liquidados ya que la moral del hombre vulgar se estaba imponiendo. Por ello Lugones llamaba a tomar las armas para hacer frente a ese deterioro vergonzante y lo hacía con su habitual vehemencia y severidad, reclamando mando y disciplina antes que racionalidad, **Porque libre y justo, solo puede serlo el sano y el fuerte** (Lugones, 1930: 70-71).

En tanto que la gloria y la dignidad sólo podían ser fruto del riesgo y la única hombría posible era la de la valentía incondicional:

“En el conflicto de la autoridad con la ley, cada vez más frecuente, porque es un desenlace, el hombre de espada tiene que estar con aquella. En esto consiste su deber y su sacrificio (...) El ejército es la última aristocracia (...) Sólo la virtud militar realiza en este momento histórico la vida superior que es belleza, esperanza y fuerza” (Lugones, 1924).

Como puede advertirse Lugones compartía con Nietzsche concepciones, aunque no es menos cierto que el diálogo que establecía era con una filosofía

---

<sup>2</sup> El llamado darwinismo social, es justo decirlo, era producto de una lectura sesgada de la teoría original, pero lo cierto es que de manera directa en algunos casos o indirecta en otros pasó a formar parte de saber de una época y a constituirse en sostén de visiones políticas y sociales de distinto signo. Lo cierto es que más allá de los aciertos y errores de la teoría de Darwin muchos encontraron en ella justificaciones científicas para sus argumentos político-sociales.

<sup>3</sup> “...fueron los buenos en sí, es decir, los nobles, los fuertes, los de posición superior y sentimientos de altura los que se sintieron y valoraron tanto en lo que a ellos se refería como en lo que se refería a sus actos como buenos, es decir como algo de primer rango que estaba situado en contraposición con todo lo ruin, lo bajo, lo vulgar y lo plebeyo” (Nietzsche, 1887: 2).



que partía de la reivindicación del “hombre fuerte”, y la crítica a la mediocridad del mundo burgués, pero que terminaba compartiendo la conceptualización de la vida misma. Comparemos estas dos afirmaciones:

“Es que la vida no triunfa por medio de la razón ni la verdad, sino por medio de la fuerza. La vida es incomprensible e inexplicable. Nada tiene que ver con el raciocinio humano que es lo tentativo de un ser -el hombre- para acomodarse en ella, como el océano es indiferente a la posición de un pez que se mece en su seno” (Lugones, 1930).

“La vida es para mí, el instinto de crecimiento y de duración, la acumulación de fuerzas, el instinto dominador; donde falta la voluntad del dominio, hay degeneración” (Nietzsche, 1889).

Evidentemente se puede trazar un paralelo interesante entre la primera cita (Leopoldo Lugones, **La Patria Fuerte**) y la segunda perteneciente a Nietzsche (**El anticristo**), incluso en cuestiones de estilo. Aunque, sin duda, lo más interesante es que ambos otorgaban a la vida la capacidad de triunfar por el sólo recurso de la fuerza, al tiempo que lo instintivo y lo irracional es lo que la explicaba. El anticlericalismo lugoniano, bastante sorprendente para la época pero fundamentalmente extraño para los ámbitos de la derecha argentina, fue otro punto de encuentro con la filosofía nietzscheana y que se expresaba en Lugones con vehemencia y, probablemente, con ánimo provocador.<sup>4</sup> Sin embargo, resulta claro que su lucha contra los valores fundantes de la sociedad occidental -y a la sazón cristiana- pueden rastrearse y entenderse en su ética profundamente individualista donde la libertad es, precisamente, un valor exclusivo e indiscutiblemente personal y, donde la religión aparecía como un gran “aparato” de sumisión de los individuos.

¿Qué implican estas fuentes doctrinarias al momento de definir política e ideológicamente a Leopoldo Lugones. Evidentemente estamos haciendo referencia a un ideario disruptor muy crítico con la tradición cultural del occidente cristiano. Lugones, a diferencia de otros referentes de la derecha argentina, busca romper con la tradición hispano católica. Incluso en el plano más estrictamente literario declaraba su objetivo de transformar el discurso abigarrado de la tradición española. De tal modo, los modernistas americanos y europeos y el propio Nietzsche fueron el fermento filosófico y político sobre el que Lugones armó su corpus político-ideológico. Se trataba de una serie de principios y de

---

<sup>4</sup> Lugones (1917: 11) escribió, por ejemplo: “La civilización europea, de la cual formamos parte, habría consistido en una perpetua lucha de la libertad pagana con el dogma asiático de la obediencia”.

algunas propuestas destinadas a terminar con el dominio liberal-burgués, al tiempo que pretendía, pusieran en marcha un modelo de progreso nacional basado en el reconocimiento de jerarquías no tradicionales y sustentado por un corporativismo obediente que permitiera entre otras cosas, el desarrollo industrial. Pragmático e individualista sostenía que el cristianismo le había quitado a occidente la libertad de ser fuerte y volvía a la sociedad en una manada de mediocres. Lugones se encontraba lejos de pensar en una vuelta al pasado,<sup>5</sup> su objetivo era construir una sociedad nueva que le otorgara la cúspide la pirámide social a la aristocracia intelectual.

Su individualismo y su enconado pragmatismo lo llevaron a buscar soluciones autoritarias y valientes según su propia visión para superar las mediaciones y cobardía de la democracia. Aunque en apariencia paradójico, Lugones rechazaba la ilustración al tiempo que reivindicaba las posibilidades técnicas de la modernidad, acercándose así a la singularidad de ciertas perspectivas nazis que combinaban una modernidad robusta con una postura afirmativa hacia el progreso, lo que daba como resultado un romanticismo altamente tecnológico con alucinaciones de grandeza (Herff, 1993).

#### **b) La nación hispano-católica**

El ideario católico español tuvo una influencia importante en los discursos de los referentes de la derecha argentina. Aunque como muy bien señala (Rouquié, 1994) su presencia fue menor en las prácticas y los gobiernos que emergieron de esas corrientes. Sin embargo, esto no puede llevarnos a descuidar este componente en un sector de los autoritarios argentinos que tuvo, por otro lado, una fuerte injerencia, por ejemplo, en el sistema educativo argentino. Estas ideas fueron profesadas y sostenidas por distintas personalidades, publicaciones e intelectuales además, claro esta, de la Jerarquía eclesiástica argentina. La Revista Criterio, y los escritores Gustavo Martínez Zuviría (conocido como Hugo Wast y por haber sido el representante sobresaliente del más brutal antisemitismo) y Manuel Gálvez defendieron el pensamiento hispano-católico<sup>6</sup> y lo presentaron como alternativa al desorden de la modernidad.

En principio es necesario recordar que a principios de siglo “hispanidad” fue un vocablo que cambió de significado. Dejando de lado su referencia a un hábito particular del habla de la lengua española pasó a caracterizar a la identidad nacional y su proyección hacia el exterior, especialmente hacia las otrora colonias

---

<sup>5</sup> Que, por otro lado, no le garantizaba mayores privilegios que el de un intelectual autodidacta que sobrevivía como periodista o burócrata estatal.

<sup>6</sup> Sin embargo Gálvez no puede ser considerado un actor orgánico de la Iglesia y el conjunto de sus postulados lo vinculaban más con las propuestas del reformismo liberal y el catolicismo social que con las del integrismo católico.

americanas. El primer autor en darle al vocablo un contenido histórico y cultural fue Miguel de Unamuno quién le otorgó la función de definir la unidad profunda del mundo hispánico: España y la América española. Fueron luego los llamados intelectuales de la generación del 98 quienes le dieron una clara definición y un impulso teórico a la hispanidad. Serán Azorín, Baroja y Maeztu, entre otros quienes plantearan el tema del nacionalismo como problema y como identidad. Se trataba de desentrañar el espíritu de la vieja España, descubrir su alma, su carácter. Se buscaba promover una exaltación de la nación o de alguno de sus territorios (Castilla se constituyó en el estado español, por excelencia) a través de sus paisajes, su cultura, su literatura, etc. La revalorización histórica de una Edad de Oro fue otro de los sostenes de este nuevo nacionalismo. La nación fue, entonces, más que un territorio o una estructura política, se la pensaba como una actitud, una moral y un espíritu.

Marcelino Menéndez y Pelayo, maestro espiritual de la generación del 98 fue quien sentó las bases del hispanismo iberoamericano. Para él, América era el producto histórico del catolicismo español y la desastrosa independencia de las colonias se debía exclusivamente a la práctica disolvente del liberalismo y de todos los principios inspirados en la revolución Francesa de 1789. Su aporte al conocimiento de la hispanidad vino desde el análisis literario; sus estudios marcaban una y otra vez la importancia de la herencia española en las letras de los americanos al tiempo que descalificaba y rechazaba toda validez a la tradición cultural indígena. En este contexto, en 1919 comenzó a publicarse la revista *Raza Española*, que podría definirse como el órgano de prensa de pelayismo, dirigida por la escritora Blanca de los Ríos donde se buscaba resaltar constante y sistemáticamente las afinidades y contactos profundos entre América y España al tiempo que se minimizaban o desvalorizaban las corrientes indigenistas, independentistas y las que se hacían ecos de la llamada “leyenda negra”. Al parecer esta publicación tuvo una difusión interesante en Buenos Aires, principalmente entre los jóvenes de las clases acomodadas porteñas. A la circulación de esta revista se sumaron las actividades del sacerdote Zacarías de Vizcarra, quien entre otras cuestiones propuso en la capital argentina, en 1926, sustituir la denominación de día de la raza por el vocablo Hispanidad para conmemorar el descubrimiento de América. Vizcarra y el escritor Ramiro de Maeztu<sup>7</sup> difundieron en Buenos Aires el nuevo doble sentido del hispanismo. Por un lado, hacían referencia a una comunidad histórica de los pueblos iberoamericanos. Por otro, lo indica-

---

<sup>7</sup> Ramiro de Maeztu fue un personaje de singular importancia en la definición del hispanismo argentino. Fue embajador español en nuestro país entre 1927 y 1929, y fue quien introdujo con fuerza los escritos de Menéndez y Pelayo. Sus propias obras también tuvieron una fuerte repercusión en los sectores tradicionalistas argentinos. Repercusión que se amplió cuando tras su muerte en los inicios de la guerra civil española fue elevado a la categoría de mártir.

ban como un humanismo católico que, mediante la unidad religiosa y cultural, debía ser instrumento para superar las diversidades étnicas constituyendo una comunidad permanente basada en la moral católica. La revista *Sol y Luna* se sumó a la campaña hispanista resaltando las virtudes de la España profunda y de su loable empresa evangélica. Así, los nombres de Menéndez Pelayo, Maeztu, Jaime Balmes y Donoso Cortés se sucedieron reiteradas veces en las páginas de la derecha argentina como argumentos de una actitud militante aguerrida que fue sumando a los hijos de algunas de las familias patricias que no terminaban nunca de adaptarse al nuevo orden, ya que, como reiteraba Maeztu, España tenía una dimensión que superaba ampliamente a lo territorial y era la única respuesta, con fuerza de verdad, que encarnaba el ideal católico de la humanidad y podía derrotar al desorden de la modernidad.

De esta manera, los sectores más tradicionalistas de la derecha argentina abrevaron principalmente en el pensamiento contrarrevolucionario y católico del siglo XIX y en los principales pensadores de la escolástica medieval. El tomismo fue difundido con ánimo militante a través de los Cursos de Cultura Católica (CCC) organizados por la Acción Católica Argentina a partir de 1922,<sup>8</sup> y con el auspicio del episcopado. Resurgió con fuerza y redimensionada la idea de una patria católica e hispánica. Esta peculiar definición de la patria implicaba, por supuesto, una visión jerárquica, elitista y xenófoba que buscaba hacer frente a las múltiples y profundas transformaciones que vivía la Argentina. Alarmados ante los cambios de la metrópolis, el arribo constante de inmigrantes que hablaban otras lenguas, la llegada de las “clases medias” a la educación y a la política, pregonaron la necesidad de reconstruir los estados patrimoniales del siglo XIX, devolver su antiguo poder terrenal a la Iglesia e impugnar y deslegitimar todo intento de cambio social y cultural. Así haciendo orgullosa gala de sus principios contrarrevolucionarios y tomando como herramienta ideológica al tomismo recrearon un pasado cristiano feudal sin conflictos y dueño de un orden natural inmutable que podía y debía reimplantarse ante el caos y el desvalor de la modernidad. Esta acción era presentada como testimonio de fe, pero implicaba una propuesta política clara. Se trataba de abandonar las posiciones “defensivas” para asumir perspectivas “ofensivas” que debían llevar a la instauración del “orden cristiano”, un orden claramente político que entrañaba una visión abarcadora de toda la vida humana, en definitiva un “mundo católico” (Poulat, 1986-1977). Finalizando la década del veinte, una Iglesia reorganizada y potenciada asumió como institución su ofensiva política e ideológica y comenzó a prestarle atención a la historia para **inventar una tradición** y crear un origen donde el catolicismo se

---

<sup>8</sup> La iniciativa partió de tres conspicuos representantes de la intelectualidad de derecha de aquellos tiempos como fueron: Atilio Dell’Oro Maini, Tomás Casares y Cesar Pico.

confundía con la nacionalidad y con el hispanismo que muchas veces desafinaba en nombres como Caggiano o Fasolino (Bianchi, 1997: 34). En ese contexto, apoyada intelectual y financieramente por el Episcopado, en 1928 apareció la revista *Criterio*, con el objetivo de difundir el pensamiento autoritario emergente y convocar a las clases propietarias tradicionales a que recuperasen el poder político perdido.<sup>9</sup> *Criterio* fue entonces, el órgano de prensa de los CCC, pero también fue una especie de “laboratorio ideológico” destinado a realizar un diagnóstico y una propuesta de cambio, al tiempo que un instrumento de reclutamiento. Adquirió importancia por sus contenidos ideológicos autoritarios, pero también porque expresaba la voluntad de agrupar a las fuerzas sociales que compartían el interés por conservar y reproducir sus privilegios (Rapalo, 1990: 53). Fue una expresión evidente de la alianza entre un segmento de la elite social con la jerarquía eclesiástica, una triple alianza del dinero, la cruz y la espada que tanta permanencia tendrá en la historia política de la Argentina. Su objetivo era implementar un proyecto de nación basado en la restitución de la disciplina cristiana en la vida individual y colectiva. La atención prestada al arte se basaba en la consideración de que era un instrumento formador de conciencias y de identidades políticas. A partir de 1929, con la designación de Enrique Osés como director, se evidenció una creciente influencia clerical y una defensa de intereses corporativos con un tono de revancha, empobreciéndose la publicación en todo sentido: disminuyeron los aportes y con ellos el número de colaboradores; se perdieron las inclinaciones más vanguardistas y se deterioró la calidad literaria y artística; el discurso se tornó más agitador y vulgar, y la prosa más injuriosa (Rapalo, 2001). La concepción autoritaria del orden católico impulsaba un modelo que le permitiera recuperar al Estado un control fuerte y represivo en tanto que buscaba que la Iglesia asumiera definitivamente la vigilancia de la conciencia de los ciudadanos y, de ser necesario, la condena moral. Su definición política planteaba a la catolicidad como un concepto cultural permanente, general y eterno que involucraba al conjunto de la humanidad, en tanto que sostenía que las naciones, como concepto de una realidad existente, eran: “en cambio instituciones de historia, es decir, entidades empíricas, pseudo conceptos, creaciones convencionales”.<sup>10</sup>

Por contraposición al concepto **ficticio** de nación se enarbolaba el de patriotismo, que como **sentimiento auténtico** era superior a cualquier continente que se le quisiera dar. El patriotismo no era contrario a la catolicidad, sino que por el contrario la patria era en sí misma una forma específica y concreta de expresión católica, pues implicaba una vuelta a las raíces hispanas y por lo

---

<sup>9</sup> S.A.M: “Es ridículo creerse dirigente cuando en realidad no se dirige nada”, *Criterio* 1, 8 de marzo de 1928, p. 4.

<sup>10</sup> E. D’ORS: “Las naciones y la catolicidad”, *Criterio* 97, 9 de enero de 1930, p. 47.

tanto católicas. En los tiempos que siguieron al movimiento de 1930 fueron constituyéndose como un actor político con capacidad de negociación con los dirigentes del Estado. De tal modo, y una vez producido el golpe de Estado y que la Iglesia católica celebró en sus templos, la revista *Criterio*, como la voz más explícita del sector, asumió la reivindicación del movimiento y, por sobre todo, se dedicó a remarcar la función y la actitud necesaria y fundamental que los católicos debían asumir en la creación de un nuevo orden político y social. Buscaban pasar de una conciencia a una acción pública y política y recuperar la esencia cristiana para construir el **Reinado de Cristo Rey**.<sup>11</sup> Los sectores católicos más radicalizados buscaban la entronización de la Iglesia como piedra angular de la política, a partir de su carácter de unificadora de la sociedad y, como se advierte, el tomismo cobraba nueva fuerza y ocupaba el centro de la ideología sustentadora del proyecto resignificado de la nación católica.<sup>12</sup>

### c) Reformismo liberal, catolicismo social y paternalismo

La llamada cuestión social que había despertado la preocupación de bastos sectores dirigentes hacía referencia a la inquietud de una sociedad respecto de los límites de su propia capacidad de integración y de exclusión. La significación que los actores le otorgaron, las formas, discursos y perspectivas que se adoptaron en la lucha simbólica por nombrarla, estaba directamente relacionada con la posibilidad de que esa situación alterara las relaciones sociales de poder establecidas (Castel, 1997). Es decir, que se trataba de una realidad que si bien tenía epicentro en los márgenes alcanzó importancia e interés por su potencialidad de afectar al conjunto social. Desde fines del siglo XIX y hasta entrado el siglo XX esta problemática se circunscribió al conjunto de efectos y resultados del proceso de modernización que había encarado la Argentina en su estructuración como economía agroexportadora. A esas transformaciones económicas (aunque claramente vinculadas) se sumaron las modificaciones que impulsaron el enorme proceso inmigratorio y su consecuente desarrollo urbano. Emergieron así como problemas la cuestión de la salud pública, la pobreza, las condiciones de vivienda, la marginalidad y la **mala vida** que se manifestaba en delitos, prostitución, alcoholismo, mendicidad, niños abandonados, etc. y que a ojos de la elite y de buena parte de los sectores ilustrados eran un obstáculo de primer orden para el establecimiento de un país ordenado política y socialmente. El debate y las propuestas que abordaron esta temática fueron intensos y abarcaron tanto una dimensión moral como una mirada política y social involucrando

---

<sup>11</sup> Para la definición de la nación católica en la década del treinta véase Zanatta, 1996 y Bianchi, 1990.

<sup>12</sup> *Criterio* 153, 5 de febrero de 1931, p. 169.

tanto a la caridad cristiana como al higienismo y a la ciencia positiva, sin que sea fácil delimitar, al menos en algunos casos, desde donde participaban los distintos referentes. Un ejemplo de esta confluencia de perspectivas en una sola persona es el de Carlos Ibarguren quien conllevaba tanto idearios del reformismo liberal como postulados del catolicismo social. Para los fines de este trabajo Ibarguren se vuelve un caso referencial ya que una vez abandonada su confianza en la reforma controlada y volcado de lleno al autoritarismo mantuvo intactos y como eje nodal de su propuesta los postulados paternalistas que había construido en su juventud y en su paso por las huestes del régimen liberal-conservador.<sup>13</sup>

Formado en la década de 1890, sus estudios universitarios estuvieron marcados por la impronta del positivismo y por la noción de progreso que suponía la sociología. Ya de adulto apoyó contundentemente la reforma política<sup>14</sup> que se estaba diseñando y que, entendía, no era resultado de la voluntad exclusiva del gobierno, sino que surgía como respuesta a la creciente movilización social ya que **el problema político es social**. Sostuvo entonces que la democracia implicaba riesgos y para que no fuese desvirtuada debía controlarse la **afluencia desconcertada de sufragantes libres a las urnas**. La necesidad de conformar un partido orgánico y doctrinario no estuvo ausente de su alegato, por ello reclamaba que las fuerzas conservadoras, **discordantes o sorprendidas** lograran constituirse y adquirieran la capacidad de sucederse en el gobierno “sin turbar el equilibrio social asegurado por la regulación de las fuerzas” (Ibarguren, 1977a: 332).

Desde entonces y a lo largo de su vida consideró que una legislación paternalista que llamaba “**justicia social**” desactivaría la movilización obrera y, por ende, desarticularía a los partidos de izquierda y al naciente movimiento obrero. Cuando se desempeñó como ministro de Justicia e Instrucción Pública diseñó un proyecto de ley de asistencia y previsión social para **lograr el orden y la paz de las masas proletarias**. Reclamaba un Estado con capacidad para reorganizar el sistema de mutualismo en la Argentina y con atribuciones para someterlas o subordinarlas al control estatal. De esta manera, el impulso al mutualismo tenía una doble naturaleza. Por un lado, consideraba que aseguraba cierta política social que mantendría aquietado y desmovilizado al mundo obrero. Los mismos líderes de las asociaciones, muchas veces industriales, estaban convencidos que las sociedades de socorros mutuos podían contribuir a resolver disputas de clase (Devoto y Miguez, 1992). Por otro lado, y atendiendo a que la dirigencia esas organizaciones era mayoritariamente no obrera, el proyecto entreveía la posibilidad

---

<sup>13</sup> Un caso similar es el de Manuel Gálvez, quien también se manifestó en el ámbito de la derecha reclamando dar solución a la cuestión social como modo de frenar la amenaza de caos social.

<sup>14</sup> Es oportuno recordar que la ley electoral de 1912 se llevó a cabo durante su ministerio de Justicia e Instrucción Pública del gobierno de Sáenz Peña, aunque no fue el mentor de dicha ley se había manifestado clara y contundentemente a favor de la reforma.

de utilizar a las asociaciones como instrumentos de control social. En términos de Foucault, buscaba implementar e implantar “esquemas de docilidad”, sustentados en coacciones, interdicciones y obligaciones y articulados en un proceso de disciplinamiento social que aumentaba las fuerzas de los sujetos en términos de utilidad y pretendía disminuir esas mismas fuerzas, en términos políticos para lograr mayor acatamiento y obediencia (Foucault, 1987). El poder disciplinario era un poder que tenía como función principal la de enderezar conductas, y en ese rol jugaría tanto el Estado supervisor como las propias estructuras jerárquicas de las asociaciones, ya que la dirigencia étnica con frecuencia trataba de imponer su modelo de buen inmigrante que a través del trabajo y la austeridad lograba asegurar su posición social. En ese orden, El proyecto de ley firmado por el Presidente Sáenz Peña y por Carlos Ibarguren presentado el 17 de septiembre de 1913, sostenía que

“la suerte del pueblo se alivia con el propio esfuerzo colectivo que el Estado debe fomentar (...) La idea fundamental del proyecto es establecer una base fija a la institución mutualista, estimularla y definir claramente el socorro mutuo para que no se confunda con empresas capitalistas de especulación”.<sup>15</sup>

En el cuerpo del proyecto se afirmaba que era necesario asegurar a los miembros participantes y a sus familias socorros que comprendieran seguro para el caso de enfermedad, cuidados de previsión, seguro para reposo y manutención de enfermos, constituir pensiones para la vejez y por invalidez y establecer o contratar seguros de vida. Asimismo, se resaltaba la conveniencia de crear una cotización especial para socorrer temporalmente a las viudas, huérfanos y ancianos vinculados al trabajador fallecido, así como para afrontar los gastos funerarios. Y avalaba la organización de servicios profesionales y sociales para los asociados, que abarcaban desde las agencias de colocación hasta institutos de enseñanza, círculos recreativos y bibliotecas. La cuestión social era la que exigía ser atendida si el orden quería ser conservado, Así, y con respecto a esa problemática que juzgaba principal, manifestó algún cuidado por la situación de los menores desvalidos y abandonados, **los muchachos vagos**, los detenidos y la ampliación y mejoramiento de los lugares de reclusión, ya que consideraba que el mejoramiento **“en las bajas clases que sufrían miseria y acumulaban odios y pasiones perturbadoras”** era un camino ineludible para alcanzar la paz social. En este sentido puede notarse la impronta que le había dejado el positivismo y que se traducía en propuestas políticas apelando a la legislación como base para subsanar y suplir las

---

<sup>15</sup> Roque Sáenz Peña y Carlos Ibarguren: “Proyecto de ley sobre asistencia y previsión social”, *Diario de Sesiones del Senado de la Nación*, año 1913, p. 1036.



faltas de las familias que se encontraban incapacitadas para cumplir con ese rol moralizador que el Estado les había asignado. Asumía, por lo tanto, una postura en la que el propio Estado debía intervenir en el seno de las familias para salvar al futuro ciudadano y con él al orden y la armonía de la sociedad entendiendo a la patria potestad más como una obligación que como un derecho.

Ahora bien, resulta interesante señalar que la iniciativa de la reforma social estuvo también influenciada por las experiencias europeas de países como Francia, Bélgica, Alemania y España. En ese sentido puede enmarcarse el asesoramiento recibido por parte de un intelectual francés especialista en mutualismo y reformas sociales, Leopoldo Mabillean,<sup>16</sup> quién colaboró con la redacción del proyecto, y que se encontraba en Buenos Aires invitado por el Museo Social que, como se sabe, era una institución donde Ibarguren gozaba de prestigio y proyección y que estaba claramente inspirada en el Musée Social francés fundado en 1894 como centro de estudios de la cuestión social. Sin duda, la indagación sobre la realidad social de los trabajadores y las posibles perspectivas de abordaje, formaban parte del “clima de época” que expresaba una inquietud, nada desdeñable, de las elites dirigentes occidentales, siendo los liberales reformistas y los católicos quienes parecen haber sido más permeables a la **peligrosidad** de la cuestión social. En buena medida, las propuestas formuladas por Ibarguren muestran influencias del regeneracionismo español que asumía la cuestión con una afirmación optimista del reformismo social, de confianza en la virtualidad de la reforma social como cauce de superación positiva del conflicto social” (Montero, 1997). La regulación del Estado equivalía a impulsar, en mayor o menor medida, una política intervencionista y, por ende, a controvertir a uno de los principios rectores del liberalismo. En ese sentido, Ibarguren se apresuraba a señalar que la entrega de subsidios y la participación del Estado no debían entenderse como actividades empresariales sino como una asistencia en pos del orden y la paz social. Este **giro social** era paralelo a un giro proteccionista que también, y muy tímidamente, empezaba a ensayar Ibarguren en relación con la política económica y que, a grandes rasgos, puede ser comparado con la política de algunos conservadores españoles como Cánovas. Para Zimmermann (1995) la emergencia de lo social como campo de intervención estatal, no implicaba una ruptura con las ideas liberales predominantes sino que en Argentina la construcción del Estado

---

<sup>16</sup> Leopoldo Mabillean, director del Museo Social de Francia, dictó sus conferencias rodeado del prestigio que le otorgaba dicho cargo y la autoridad que significaba su pertenencia a una institución nacida para velar por la salud física, intelectual y moral del hombre. Su disertación en la institución homónima argentina sobre el concepto latino de previsión social estaba avalada por la experiencia francesa, tras la implantación de la mutualidad por la ley Waldeck-Rousseau de 1884, que permitió modificar condiciones de la agricultura que databan de veinte siglos. Para una mayor profundización puede verse De Filippo, 2001.

estuvo guiada por una filosofía pragmática que articulaba premisas liberales con postulados conservadores en pos del **orden y progreso**.

Por otro lado, los sucesos de la gran guerra afectaron fuertemente a Ibaguren y ejercieron una influencia importante en su consideración sobre las formas entender la sociedad y las formas de intervención sobre ella. Agudizó la percepción de Ibaguren de encontrarse en un período de decadencia y transformación del mundo occidental, ya que entendía que la contienda era producto de ese caos pero a su vez generadora de consecuencias sociales, políticas, institucionales y psicológicas de trascendencia. Ibaguren entendía que la guerra había abierto un período de transición en el mundo occidental que estaba atravesando por una etapa de desorden y confusión que se manifestaba a través de **un estado de alma complejo**, un malestar profundo que se expresaba mediante el desencanto y el pesimismo creciente. Pero no era pesimista en esa hora, pues consideraba que el cataclismo ayudaría a destruir lo innecesario, transformar los valores y dar paso a una nueva **edad histórica** (Ibaguren, 1977b: 379). Sin embargo, sus apuestas eran más bien una vuelta al pasado. En varios de sus libros desarrollaba una argumentación que ensalzaba el pasado premoderno, y en especial colonial, sobrevalorando la vida rural, la valentía y la obediencia de los gauchos, en tanto mito nacional, opuesto al indisciplinado inmigrante.

Hacia los años veinte, Ibaguren comenzaba a alejarse paulatinamente del liberalismo conservador sin aun asumir una crítica definitiva hacia ese sistema. Esta indefinición no parece haber sido sólo producto de una etapa de transición ideológica sino también un intento por no apartarse definitivamente de algunos sectores políticos significativos. Pero, además evidencia que en búsqueda de un espacio político realizaba esfuerzos por presentarse como vocero e intérprete de la opinión de la sociedad. En 1930, opinaba que el pueblo no ambicionaba la demagogia radical, pero tampoco reformas fascistas que contradijeran los principios liberales.

Así, y quizás tratando de jerarquizar su función en el gobierno de facto, sostenía que para alcanzar la regulación política del país y el saneamiento de sus instituciones era determinante el papel que desempeñaran los interventores provinciales. Serían ellos los encargados de depurar los padrones y eliminar las prácticas políticas perniciosas para recién luego llamar a comicios "**limpios y puros**", que reflejarían la voluntad popular y se realizarían de acuerdo a las leyes electorales vigentes desde 1912. Sin embargo y ante el fracaso del proyecto uriburista, hacia 1933, al igual que otros intelectuales autoritarios, comenzó a asumir que las grandes transformaciones requerían de la participación –disciplinada– de las masas. La búsqueda del consenso, paradójicamente, se volvió un problema y una esperanza. El fascismo, con su movilización ordenada y obediente, fue un modelo al que no pudo dejar de ver atenta e ilusionadamente sin deshacerse de

sus atributos aristocráticos y tradicionalistas. El corporativismo aparecía como eje articulador de un corpus tan híbrido, ya que según decía la organización funcional hundía sus raíces en la historia y sentimientos más enraizados del país. Sin embargo, esa raigambre corporativa no había sido rescatada por las leyes del Estado nacional, por lo cual la sociedad argentina, que conservaba la disciplina solidaria y la jerarquía en las actividades debía fundar una estructuración política y social en la que el Estado recogiera, controlara, armonizara y fomentara los intereses de todas las clases sociales -organizadas de acuerdo a los intereses profesionales-, las que debían ser igualmente tuteladas. La organización corporativa allanaba dificultades, encauzaba las fuerzas productoras, concertaba tendencias dispares e intereses divergentes, estimulaba actividades nuevas, interpretaba anhelos colectivos y fomentaba la utilidad pública de las actividades económicas. En lugar del ideal individualista se enarbolaba el ideal social y disciplinado de la nación homogénea. En *La inquietud de esta hora* (1934) aseguraba que era el tiempo de la devastación total del sistema político imperante hasta la gran guerra. Se esperaba con la superación definitiva de la democracia individualista basada en el sufragio universal, aunque mantenía su obligada ambigüedad en torno al rumbo que debía tomar el sistema económico, por lo cual se limitaba a señalar que también debía reformarse el capitalismo a través de una mayor presencia estatal. Su planteo era, por lo tanto, esencialmente político y partía de expresar una preocupación ponderada de la crisis social que derivaba en conflictos políticos definitivos. El enfrentamiento implicaba por un lado, al fascismo, también llamado por Ibarguren corporativismo o nacionalismo, es decir las fuerzas del orden, y, por otro lado, el marxismo comunismo, las llamadas fuerzas disolventes. Como puede advertirse, ya no había espacio para posiciones intermedias, y todos aquellos que no eran de izquierda debían aglutinarse en defensa de la nación ordenada. El parlamentarismo ya no era un instrumento útil, y sólo podía beneficiar a algunos irresponsables profesionales de la política. Su batalla contra la elite política dominante se reforzó en este período y lo llevó a proponer la corporación profesional obligatoria en reemplazo de los partidos políticos agotados y el reemplazo de los hombres con capacidad de mando. Sólo así, clamaba, podría detenerse la marcha del comunismo. En el pensamiento de Ibarguren, la soberanía política debía cambiar de manos de manera definitiva. Sin duda, esta modificación de perspectiva tenía su origen en el fracaso del proyecto septembrino y en la intrascendencia política a la que el proceso relegó a los intelectuales autoritarios. Anhelaba que una transformación de ese tenor restableciera el orden, las jerarquías **naturales** y su propia influencia. Esta convicción lo llevó a planear la constitución de un movimiento político **nacionalista**, ya que a diferencia de otros intelectuales de derecha entendía que la organización de una estructura política era imperiosa para el desarrollo ideológico y político de la tendencia. En ese sentido,

rompía con el marcado individualismo que había caracterizado a los escritores y pensadores autoritarios, aunque sin resignar su pretensión de convertirse en el referente y guía de las nuevas generaciones. La juventud argentina, exhortaba en una opinión sobre la Conferencia Panamericana de la Paz publicada en **La Fronda**, en 1936, en vez de ser sometida a las influencias de las utopías pacifistas, debía modelar su espíritu en la disciplina y **el sentimiento viril necesarios para defender a la patria en caso de peligro**. Por ello, indicaba que el nacionalismo poseía un brazo militarizado, que se expresaba a través de numerosas organizaciones<sup>17</sup> que habían desarrollado una intensa actividad política **muchas veces secreta**. La influencia de los regímenes nazi-fascistas, en especial de los movimientos de juventud, como las **Hitlerjugend** o las **Avanguardisti** fascistas, parecen estar en la base de las expectativas ibargusianas.

## A modo de conclusión

En los apartados anteriores se ha hecho un breve recorrido sobre las perspectivas e influencias que expresaban los principales referentes de la derecha autoritaria argentina que empezó a conformarse en las primeras décadas del siglo XX. No se trata de un recorrido exhaustivo, imposible de realizar por cuestiones de espacio, sino de la exposición de las principales líneas de pensamiento que permitan inferir los grados de ligazón y de distanciamiento entre todos aquellos intelectuales que buscaron imponer un orden jerárquico, opuesto a la democracia. Se trataba de escritores que consideraban que sus perspectivas y propuestas no eran sólo un desafío intelectual, ya que para todos ellos el pensamiento era un ejercicio político y éste era inherente a la propia calidad de artista o pensador. Por ello, todas las figuras sociales que conformaban este colectivo intelectual autoritario, desarrollaron su actividad atendiendo a una doble dimensión. Por un lado, buscaron generarse un espacio sobresaliente en el campo de la política. Pero, por otro lado, debieron emprender una “batalla” que les permitiera sostenerse o instalarse en el campo intelectual.

Los impulsos a la crítica de la realidad provenían de frentes intelectuales diversos y no siempre coincidentes, pero también de posicionamientos sociales diferentes y de prácticas políticas previas más o menos materializadas. En este sentido, resultan comprensibles, por ejemplo, las divergencias entre Lugones, un actor marginal de la elite, con Ibarguren, nacido en las entrañas del patriciado argentino que había alcanzado espacios reales de poder en el orden pre democrático. Sin embargo, al menos coyunturalmente, lograron una delicada articulación en un **corpus** complejo y no exento de contradicciones, en una experiencia disconforme,

---

<sup>17</sup> Por ejemplo la Liga Republicana, la Legión Cívica, la Legión de Mayo, la Acción Nacionalista Argentina, la Guardia Argentina, la Legión Colegio Militar y la Milicia Cívica Nacionalista.

en una identidad dispuesta a impugnar las transformaciones de la modernidad o algunos de sus efectos y restablecer una sociedad jerárquica y disciplinada.

En el marco de una crisis global, la crisis política se manifestó con particular virulencia. La profunda puesta en cuestión al orden establecido era muy evidente hacia los años veinte, es decir en un momento que Europa había dejado de creer que la democracia era un destino (Halperín Donghi, 2003), pues tras la primera Gran Guerra surgió un mundo distinto, fundado en transformaciones que se venían produciendo desde un largo tiempo atrás y que eran resultado de la competencia entre las naciones y los imperios, las tensiones internas de cada uno de ellos, el culto a la guerra, por la exacerbación de los agravios pendientes y por la pérdida del optimismo en la omnipotencia del liberalismo. Pero, sobre todo, parece haberse expresado como una crisis de conciencia. Y, en ella, la democracia no fue un valor irrefutable. Los principios que venía sustentando el liberalismo parlamentario ya habían sido cuestionados desde los años previos al desencadenamiento de la guerra. Después de la guerra el ataque fue fuerte e involucró dos frentes. Desde la izquierda, y con la euforia provocada por la triunfante revolución de 1917, se puso en debate —e hizo entrar en crisis la social democracia- la democracia burguesa. Desde la derecha, con sus críticas al corrompido sistema liberal, y a través de discursos nacionalistas extremos y propuestas de representación orgánica o corporativa se tendió a desestabilizar los modelos de representación pluralista.

La Gran Guerra, pero no sólo ella, fue percibida como la señal más auténtica del quiebre de la civilización occidental y, por lo tanto, un llamado a volver las cosas a su lugar. En el mismo sentido, la Revolución Rusa de 1917, el movimiento obrero europeo y la revolución mexicana implicaron extendidas consecuencias políticas y culturales que calaron hondamente en las conciencias argentinas y se articularon, en el nivel de los dilemas y temores, con el arribo de Hipólito Yrigoyen a la presidencia y lo que su figura representaba para los sectores que se definían por oposición a lo plebeyo. Todos esos sucesos enlazados cimentaron el temor sobre el fin de una forma de dominio y de una experiencia reconocida. Poco después, la Reforma Universitaria y su rápida expansión, aportaron un nuevo elemento a la evidente transformación no sólo política sino también cultural y fue particularmente inquietante para los intelectuales que concebían como advenedizos a esos jóvenes que, fruto de la movilidad social, ingresaban al otrora restringido universo de los estudios superiores o al también cerrado ámbito cultural y artístico. Las incertidumbres se acentuaron y resignificaron bajo la forma de un malestar en la cultura, que buscó nuevos instrumentos para interpelar una situación también nueva. Esos procesos históricos actuaron como articuladores de las percepciones y de los sentimientos de perturbación y permitieron que confluyeran perspectivas y representaciones

disímiles a partir de la delimitación de un enemigo común. Resulta claro que los diferentes posicionamientos y el intenso individualismo de los intelectuales eran obstáculos importantes para la conformación de un movimiento único y con proyección política real. Sin embargo, considero que el fracaso político de esta tendencia no puede ser atribuido, al menos con exclusividad, a la heterogeneidad del colectivo, sino que necesariamente debe tenerse en cuenta la fortaleza del liberal conservadurismo argentino que tras el golpe de Estado de septiembre de 1930 armó el gabinete y diseñó el programa de gobierno sin incluir a los escritores autoritarios.<sup>18</sup> En este sentido, parece razonable sostener que los intelectuales golpistas sobredimensionaron su capital político y su influencia cuando, probablemente, la elite dirigente liberal-conservadora sólo los había pensado como sistematizadores y publicistas de sus proyectos.

A pocos días de la asunción de Uriburu, los hermanos Irazusta señalaron que el cambio de gobierno había sido un movimiento absurdo, **“preparado y efectuado por los reaccionarios, es usufructuado abiertamente por los liberales”** (Irazusta, 1975:111) siendo los primeros en expresar la decepción por el lugar que el nuevo orden les asignaba. Con el correr de los meses y tras la llegada de Justo al poder, todos los escritores que habían dado forma a la derecha autoritaria se replantearon su propia inserción política, el carácter de la dirigencia gobernante y comenzaron a delinear, con mayor precisión, sus proyectos autoritarios, asumiendo la inevitable presencia política del pueblo y denunciando la alianza de los **“regiminosos”** con las potencias extranjeras.

## Bibliografía

- Bianchi, S. (1997). La difícil conformación de la Iglesia católica argentina: el cuerpo episcopal (1860-1960). En S. Bianchi y E. Spinelli. **Actores, ideas y proyectos políticos en la Argentina contemporánea**. Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales.
- Bertoni, L. A. (2001). **Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Buchrucker, C. (1987). **Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis mundial**.

---

<sup>18</sup> Los únicos intelectuales que participaron de la conspiración que formaron parte del gobierno de facto fueron Ernesto Palacio (de La Nueva República) en un cargo de segundo orden en la provincia de San Juan y Carlos Ibarguren que fue designado interventor de la provincia de Córdoba. No obstante, este último caso debe ser analizado, quizás, atendiendo más a los vínculos familiares que tenía con el general Uriburu y a su trayectoria en el régimen previo a la democracia de voto directo (recuérdese que fue ministro de Justicia e Instrucción Pública de Saénz Peña, fundador del Partido Demócrata Progresista, es decir el intento de partido orgánico que se había pensado como parte de la reforma política, y candidato a presidente por esa misma agrupación).

- Buenos Aires: Sudamericana.
- Cárdenas, E. y Payá, C. (1978). **El primer nacionalismo argentino**. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Castel, R. (1997). **La metamorfosis de la cuestión social**. Buenos Aires: Paidós
- De Filippo, J. (2001). El mutualismo como instrumento de política social-agraria argentina entre 1880 y 1912. **Mundo Político (1)**.
- Devoto, F. (2002). **Nacionalismo, fascismo, tradicionalismo en la Argentina moderna**, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Devoto, F. y Barbero, M. I. (1983). **Los nacionalistas**. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Devoto, F. y Míguez, E. (1992). **Asociacionismo, trabajo e identidad étnica**. Buenos Aires: CEMLA-CSER-IEHS.
- Dolkhart, R. (2001). La derecha durante la década infame, 1930 -1943. En AAVV. **La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales**. Buenos Aires: Vergara.
- Echeverría, O. (2009). **Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX**. Rosario: Prohistoria.
- Echeverría, O. (2010). ¿Las cosas por su nombre? Preguntas sobre la propensión a llamar “nacionalismo” a la derecha argentina de la década de 1920. En E. Bohoslavsky. **Actas Taller de Discusión sobre las derechas en el Cono Sur en el siglo XX**. Universidad Nacional de General Sarmiento. En prensa.
- Foucault, M. (1987). **Vigilar y castigar**. México: Siglo XXI.
- Gay, P. (1992). **La experiencia burguesa. De Victoria a Freud**. México: Fondo de Cultura Económica.
- Halperín Donghi, Tulio (2003). **La Argentina y la tormenta del mundo**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Herff, J. (1993). **El modernismo reaccionario**. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ibarguren, Carlos (1977a). Discurso pronunciado en la Colación de grados de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. En C. Ibarguren. **La Historia que he vivido**. Buenos Aires: DICTIO.
- Ibarguren, Carlos (1977b). Discurso pronunciado con motivo del décimo aniversario de la Revista Nosotros. En C. Ibarguren. **La Historia que he vivido**. Buenos Aires: DICTIO.
- Irazusta, J. e Irazusta, R. (1975). Texto del 1 de octubre de 1930. En J. Irazusta. **Pensamiento Político Nacionalista**. Buenos Aires: Obligado.
- Jitrik, N. (1960). **Leopoldo Lugones: mito nacional**. Buenos Aires: Palestra
- Lionetti, L. (2007). **La misión política de la escuela pública. Formar a los ciudadanos de la república (1870-1916)**. Buenos Aires: Miño y Dávila.

- Lugones, L. (1917). **Mi beligerancia**. Buenos Aires: Otero y Gracia.
- Lugones, L. (1924). **El Discurso de Ayacucho**.
- Lugones, L. (1930). **La Patria fuerte**. Buenos Aires: Babel.
- Lvovich, D. (2006). **El nacionalismo de derecha**. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Lvovich, D. (2003). **Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina, 1890-1945**. Buenos Aires: Vergara.
- McGee Deutch, S. (1986). **Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: the Argentine Patriotic Ligue**. Lincoln: University of Nebraska.
- McGee Deutsch, S. (2005). **Las derechas. La extrema derecha en la Argentina, el Brasil y Chile, 1890-1939**. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Montero, F. (1997). Conservadurismo y cuestión social. En J. Tusell, F. Montero y J. Marín Arce. **Las derechas en la España contemporánea**. Madrid: UNED-Anthropos.
- Myers, J. (1999). Entre la libertad y el miedo: Botana y la esporádica tradición liberal argentina. **Punto de Vista** (63).
- Nietzsche, F. (1887). **La genealogía de la moral**.
- Nolte, E. (1995). **Nietzsche y el nietzscheanismo**. Madrid: Alianza.
- Poulat, E. (1986). **L'Eglise, c'est un monde**. Paris: Les Editions du Cerf.
- Poulat, E. (1977). **Eglise contre bourgeoisie. Introduction à devenir irductible au catholicisme actuel**. París: Castermann.
- Rapalo, M. E. (1990). La Iglesia Católica Argentina y el autoritarismo político: La revista Criterio, 1920-1931. **Anuario del I.E.H.S** (5).
- Rapalo, M. E. (2001). Pedagogías para la nación católica. **Jornada de Cultura política y políticas culturales en la Argentina**. Tandil: Instituto de Estudios Histórico Sociales.
- Suriano, J. (2000). **La cuestión social en la Argentina, 1870-1943**. Buenos Aires: La Colmena.
- Tato, M. I. (2004). **Viento de Fronda**. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Williams, R. (1977). **Marxismo y Literatura**. Barcelona: Península.
- Williams, R. (1997). **La política del modernismo**. Buenos Aires: Manantial.
- Zuleta Álvarez, E. (1969). **El nacionalismo argentino**. Buenos Aires: La Bastilla.
- Zanatta, L. (1996). **Del Estado Liberal a la Nación católica**. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.
- Zimmermann, E. (1995). **Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina**. Buenos Aires: Sudamericana.